



# La integración de un pueblo en la palabra originaria: restaurando memoria histórica y cultural\*

*Tchyquy Xieguazinsa Ingativa Neusa\*\**

*Chogui suamena, cha has suas aga mecyucu ybsunsuca, Chibcha Muysc Muyquiguamox, Chogui guexica caca na Bacatá, Hycha gue na Inga Tchunza Boyacá. He balbuceado en mi lengua ancestral chibcha: Buenos días, amanecí pensando en ustedes, soy habitante de los valles y de las montañas, saludo a los abuelos y abuelas de Bogotá, yo soy venido de Tunja, Boyacá.*

Soy descendiente del pueblo-nación muisca chibcha. Últimamente he venido incursionando en la investigación de las problemáticas de nuestros pueblos indígenas y actualmente estoy trabajando un tema pertinente a lo que aquí se está viendo: la Mesa Permanente de Concertación, la cual es un espacio legítimo de interlocución entre las distintas políticas de gobiernos y

---

\* Esta disertación fue presentada inicialmente en el marco del 1.º Encuentro Internacional de Estudios Críticos de las Transiciones Políticas: Memoria, Violencia y Sociedad, celebrado en la Universidad de los Andes en abril de 2011. Fue retomada en el espacio denominado “Trueques de Saberes sobre la Memoria”, evento organizado por el Grupo de Memoria de la Universidad Santo Tomás, en junio de 2011.

\*\* Autoridad ancestral y gobernador indígena del pueblo-nación muisca chibcha de Boyacá.

del Estado frente aquello que llamamos “minorías étnicas”. Tal como lo expresé en el encuentro “Conflicto, Memoria y Violencia” de la Universidad de los Andes, en el cual tuve la oportunidad de compartir una ponencia, uno tiene que hacer salvamento de voto aquí, porque frente a los intelectuales, como indígena me siento descompensado para poder interlocutar en lo que se refiere al lenguaje académico.

No obstante, voy a tratar de hacer una aproximación de lo que me convoca en este encuentro, de mirarnos y de compartir un proceso interesante, como es el proceso de lo que hemos llamado “pueblo-nación muisca chibcha”, al que también se le denomina “re-etnización” o “re-indigenización”. Yo prefiero llamarlo “recomposición étnica”. Académicamente nos ubica en un tema muy importante frente a las ciencias sociales, las ciencias políticas, la antropología, el derecho, la etnohistoria y todo lo que tiene que ver con la memoria, especialmente cuando se ha pensado y se mantiene en el imaginario de nuestra historia indígena: la no existencia o la inexistencia de un pueblo, como es el caso de los muisca chibchas.

Es un reto grande hacer entender un reconocimiento sociocultural en las gentes del altiplano y en la academia respecto a que sí existimos los descendientes de los muisca chibchas; más aún cuando en la desmemoria de los actuales descendientes del altiplano cundiboyacense existen elementos que hacen parte de esa recomposición étnica. Es curioso cuando uno llega a los campos, a los páramos, a las veredas del altiplano andino y se encuentra con personas iletradas, humildes, pero cuando uno plantea el tema del indígena muisca se identifican inmediatamente; también es curioso ver en la ciudad el fenómeno, por ejemplo el caso de lo que es la maloka del Jardín Botánico de Bogotá, donde dos veces por semanas nos reuníamos en un espacio abierto, alrededor del fuego, nos poníamos a compartir sobre la memoria de los muisca chibchas en diálogos interculturales con otras etnias, y ese fue un espacio riquísimo que retroalimentó el proceso en Bogotá.

Pero esto tiene sus contradictores. Hay unos actores que, intencionadamente en el tiempo, pretenden borrar la memoria y la existencia de los pueblos amerindios; y es triste decirlo, porque las políticas de lo que se llamaría en la historia “reduccionismo ideológico y territorial” aún persisten con otros actores, otros momentos, pero no se pierde de vista que hay que acabar con un pensamiento propio americano. El tema de la memoria para nosotros es importantísimo, porque desde nuestra misma cosmogonía venimos recuperando, si se puede decir, el constructo del amanecer del pensamiento muisca-chibcha.

Cuando uno aborda este tema, lo primero que se nota es que es un asunto ya olvidado, que está en el Museo del Oro o en los anaqueles de los archivos históricos; pero cuando miramos en la Cátedra Muisca del doctor Luis Fernando Restrepo (2004) de la Universidad de Arkansas en Estados Unidos, obtenemos una pista para entender la presencia del muisca chibcha vigente en los moradores del altiplano cundiboyacense; y aquí tendríamos que darnos la “pela” académica, como digo: cómo mirar, hacer una lectura de esa presencia, y si hay una presencia de unas gentes, debe haber una presencia de una memoria.

A mi entender, bien lo decía Richard Ducón (2011), la historia conductista y lineal que ya se ha recogido en algunos claustros universitarios todavía sigue vigente. Cuando se revisan los programas de las ciencias sociales en los colegios, se sigue imaginando al indígena como un ser tribal, retrasado, sucio e ignorante. Al hablar de lo muisca, se dicen unas cosas totalmente descontextualizadas, ignoradas, imaginadas o, como decimos nosotros hoy con autoridad, “sin el permiso nuestro”. Eso hay que revisarlo, desde ahí tiene que empezar a hacerse una pedagogía distinta y un ejercicio de memoria que no violente más a nuestro pueblo. Cuando uno aborda a funcionarios de instituciones públicas o privadas, encuentra la absoluta ignorancia o desconocimiento del derecho indígena. Cuando uno se presenta como muisca, dicen: “¿Muisca de dónde?”.

Nos recuerda el censo del año 2005. Cuando en 2004 hicimos los debates en el Departamento Nacional de Estadística (DANE) sobre la pregunta a minorías étnicas (las preguntas 33 y 34), se quería volver a aplicar la pregunta de uno de los censos anteriores, muy puntuales, en términos de ser *per se* indígena, y no se consideraba en términos de ser indígena desde el autorreconocimiento. Me explico: “De acuerdo con sus rasgos físicos, su pueblo, su cultura, ¿usted es o se reconoce indígena, afrodescendiente, etc.?”. Si me hicieran la pregunta “usted es...”, de forma taxativa, como en los censos, como indígena descendiente, producto de un mestizaje –como es la condición del muisca chibcha hoy–, me quedaría difícil responderla. Pero cuando me preguntan “¿se reconoce?”, entonces eso me da tranquilidad y ahí fue la gran discusión.

El reconocerse descendiente de pueblo amerindio siendo mestizo no es un oportunismo del reconocimiento constitucional a partir de 1991, pues siempre hemos estado presentes en silencio y en lo propio. Me parece, por tanto, pertinente abordar el tema del autorreconocimiento en el desarrollo de este proceso en los últimos siete años, desde los trabajos etnográficos de Pablo Gómez-Montañez del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes (2009), para quien el autorreconocimiento se convierte en la base fundamental de los procesos de re-etnicidad de las comunidades muisca actuales, principalmente del proceso del pueblo-nación muisca chibcha.

Luego, en el mismo censo, estaba la siguiente pregunta: “¿Usted habla su lengua ancestral? ¿Sí o no?”. ¿Cómo quedaríamos los muisca chibcha ante esa pregunta? Cuando revisamos la historia, en 1770 Carlos III prohibió las lenguas aborígenes americanas: a nuestros abuelos se les cortaba la lengua y se les prohibía hablar. Me queda muy difícil decir si la hablo, pero aun así encontramos en nuestras investigaciones, respecto a la lengua chibcha muisca, que está mimetizada en nuestras gentes. La gente llama a un gato diciendo: “michico, michico”, así como expresa frases y palabras como: “chite perro”, “qué chichón”, “esta chaguala”, “jaizapollo”, “arrunche”, “arretranque”, etc. Todos esos indigenismos los escuchamos de nuestros

abuelos. Además, un gran porcentaje de las toponimias del territorio cundi-boyacense son chibchas, pero la gente ya perdió el significado, es decir, hay una *desmemoria* o una mimetización. Es importante que nos hagamos estas reflexiones. Actualmente el trabajo de investigación de la lengua muisca chibcha muyskkubun, de la Universidad Nacional de Colombia, bajo la dirección de la doctora María Estella González (1987, 2007), hace un gran aporte en la recuperación de esta lengua y su uso oral.

Soy crítico a veces de la academia; y lo escribía en una ponencia del XIV Congreso de Historia de Colombia (Niño, 2008). En esa ocasión debatí en la Academia Boyacense de Historia lo difícil que era reconstruir nuestra memoria desde la historiografía occidental, porque los cronistas, los “Fray”, como fuente primaria de los historiadores, parcializaron y tergiversaron la historia; hay un dicho por ahí que dice: “quien escribe la historia es el que vence”. Entonces, desde esas fuentes primarias ya tendríamos que hacernos un juicio crítico muy profundo y mirar, en el contexto de estas fuentes, el tema de nuestra historia, como es el pueblo muisca chibcha: cuestionar en los archivos y documentos en Rusia, en Francia, en Alemania, en Italia, en España, porque se cree que solamente lo muisca está es allá en Madrid o en Sevilla. Hay mucha bibliografía y archivos de manuscritos sobre nuestra cultura, pero aquí hay una tarea que nosotros tenemos que hacer en términos de las fuentes primarias, pues cuando el discurso está parcializado, ya tenemos una gran descompensación.

## **Fuentes de la re-composición étnica**

¿Cómo se está haciendo este constructo del pueblo-nación muisca chibcha y de su memoria? En el orden de las ideas, tenemos cuatro dimensiones temáticas importantes:

En primera medida, la *investigación con fuentes primarias*, y me disculpan los historiadores. Hay unos muy serios, pero en cuanto al tema de lo muisca hay un círculo cerrado, de refutaciones entre ellos mismos que se contradicen;

no hay un acuerdo y como me lo decía en alguna oportunidad el director de Archivo General de la Nacional, hay un problema en los investigadores: no consultan archivos. Por ejemplo, cuando el doctor Armando Sescún Monroy, hombre serio en el tema del indigenismo muisca chibcha y quien fue mi profesor de derecho, miembro de la Academia Boyacense de Historia, escribió su libro *El derecho chibcha: derecho y sociedad en la historia de Colombia* (tomo I) (1998), tuve la oportunidad de apoyarlo en la investigación, compilación y recolección del material de apoyo. Cuando le presenté esta obra al director del mencionado archivo histórico, directamente pasó su mirada a la bibliografía, y dijo: “Ahí está el problema: no consultan archivos”.

Hay que crear una actitud nueva en la academia hacia esas fuentes primarias de los archivos. No solamente frente a la de los cronistas, sino que además exigimos la apertura de los archivos eclesiásticos, porque nuestra memoria ha sido usurpada y nuestra historia secuestrada. Sobre el tema de las fuentes primarias hay que crear nuevas metodologías y hay que hacer una revisión histórica o, más bien, una *dialéctica histórica*. Debemos revisar esas asimetrías entre los actores y tomar un poco la academia de la historia francesa, la cual plantea que la historia no debe ser la onomástica y la de los bustos y los himnos. Esa historia onomástica está revaluada y todavía se le sigue aquí rindiendo culto a ese tipo de historia. Es importante la memoria monumental y todo el tema de patrimonio, pero aquí debemos ver la historia en el transcurrir de las gentes. Boyacá no es lo que vemos desde la doble calzada Bogotá-Sogamoso. Boyacá son gentes más allá: cómo viven, cómo han pensado y cómo piensan. Ha llegado la hora de que los actores hablen de su propia historia.

En segunda medida, debemos revisar lo que corresponde a los *trabajos etnográficos*, y sobre eso hay muy poco; la etnografía nos ofrece un patrimonio vivo, ahí hay una memoria viva: ¿qué piensan las gentes, cómo viven? La historia la llevamos escrita en los genes: nosotros somos la prolongación de nuestros ancestros, y nuestros hijos son la prolongación de nosotros, va en

la sangre; la historia va en el “tuétano”, según los indígenas, en la memoria de la *Hycha Guaya*: Madre Tierra. Hay que hacer esa lectura desde nuestra visión ancestral.

Hay sitios en el altiplano andino cundiboyacense donde uno llega y encuentra historia indígena viva, como lo decía hace unos dos años en la Universidad del Rosario el observador de las Naciones Unidas para los Pueblos Indígenas en Colombia: “En Colombia lo que existen son *indígenas campesinos*”. Y nosotros estamos recuperando ese estatus con nuestras gentes en el proceso de recomposición étnica del pueblo-nación muisca chibcha, porque los imaginarios de la historia son de doble filo. Es el caso, por ejemplo, de las palabras “obrero” y “campesino”. ¿Cuándo surgieron? A comienzos del siglo XX. ¿Entonces cómo le decían a los moradores de estas tierras antes de que esos imaginarios aparecieran con los primeros sindicatos y las primeras reformas agrarias? Se les decía “indios patirrajados”, “indios patihinchados”.

Me crié con mi bisabuela Ruperta Pulga, quien murió de 105 años por allá en la década de los setenta, pero esa anciana era de esa generación. En el libro *El pasado aborígen*, Elvira Castro de Posada (1955), una docente del Gimnasio Moderno y Femenino de Bogotá, dice:

En silencio, pude conocer las necesidades espirituales y las inclinaciones de unos y otros. Con gran pesar contemplé el grave daño que ha ocasionado siempre a los niños el complejo de inferioridad causado por el injustificable complejo de inferioridad de ser indio.

Si ella lo hubiera escrito en Colombia, habría sido vetado su pensamiento por la religión-Estado, la moral y la educación que se entregó al clero. Somos hijos de esas generaciones; entonces veía a mi bisabuela mascando tabaco, una mujer silenciosa, descalza. Con el tiempo me di cuenta que era indígena, que yo venía de ahí, y como muchos cundiboyacenses sí hacen

una búsqueda etnográfica y genealógica juiciosa y profunda de su familia, encontré varias sorpresas.

La Academia Boyacense de Historia, en un trabajo inicial de *Toponimias y patronimias chibchas* (Reyes Manosalva, 2008) y *Muyccubun, etnonimias muisca Chibcha* (Niño, 2008), nos permite encontrar un potencial de mil apellidos indígenas vigentes. Muchos sienten vergüenza. Me acuerdo de mi amigo Álex Cuta de Tuta (Boyacá), a quien le tocó cambiarse el apellido por Martínez, con lo cual quedó más tranquilo. Ese estigma de negarnos, de ser lo que no somos, es un problema de memoria, es una negación de la memoria; si venimos de padres campesinos o, mucho más, si somos de indígenas, es vergüenza en este país. Pero ese imaginario de obrero y de campesino hay que verlo en la movilidad social que ha pasado en el altiplano andino. Interesante, ¿no?

Y miremos la negociación que se hizo en el periodo de la Reforma, a finales del siglo XIX, con el clero, el Concordato de 1887 y los efectos en la Ley 89 de 1890 para pueblos Indígenas. ¿Quién ejercía el control social y político de los pueblos Indígenas? El clero. Con todo el respeto de este claustro universitario (Universidad Santo Tomás), aquí hay que mirar también un poco más atrás qué ha pasado. ¿Cuántos padres de nosotros eran de esas generaciones? Pero seguimos negando lo que somos. La discusión de fondo es la identidad, ¿cuál es la identidad del colombiano?

Aquí se habla de los regionalismos y sí, esos son tipos de identidad de gentes, pero como yo soy indígena me toca hablar de mi identidad originaria y cómo se fue mimetizando en mis gentes, en los ejemplos que acabo de ilustrar. Entonces, la etnografía es importantísima como fuente de memoria de mis descendientes. Cuando voy a los campos, lo primero que busco son los ancianos: “Cuénteme, ¿cómo era a sus cinco años?”. Y ahí salen cosas impresionantes sobre el territorio, los usos, las costumbres, las situaciones políticas; esos son los actores que ahora la academia está teniendo en cuenta y no solo como un objeto de estudio, espero. Se trata de ver la realidad de

una memoria que está viva en nuestras gentes y que ha sido víctima de una supraestructura política y de sistemas económicos que en nada nos tocan, porque nosotros no somos amigos de esta guerra.

La etnografía es clave. He encontrado en el altiplano andino fiestas mortuorias, casi en secreto, de comunidades veredales. Con respecto a la gastronomía, todavía se comen los jutes en Boyacá y todavía se trabajan las plantas sagradas. El jute es una comida muisca antigua de los páramos, donde se hace un agujero de 50 cm y donde tiene que haber siempre agua fría corrediza. Se hecha una arroba de papa sanita o mazorca, se tapa con paja y eso dura hasta seis meses. Entonces eso se alcoholiza y después se cocina. Es un alimento de los páramos. En cuanto el uso de las plantas sagradas, a nuestros indígenas-campesinos les tocó estar entre la ambivalencia del pensamiento mágico y la religiosidad clerical: voy a la misa y después voy a buscar al yerbatero a ver cómo me hace el favor. Eso todavía está aquí, inclusive más modernamente en la avenida Caracas de Bogotá. Hoy cualquiera se pone plumas y ya es indígena.

Pero lo que quiero mirar en esta segunda dimensión es que la etnografía también tiene una gran importancia. Todo se ha volcado hacia lo urbano, porque obviamente más del 70% de la población se encuentra en las ciudades; somos objetos de consumo. Mi familia sufrió las movilidades de la Guerra de los Mil Días, así como la violencia de los años cincuenta y sesenta. Eso afectó mucho a los descendientes muisca. Hoy la colonia más grande de Bogotá es la cundiboyacense; ese es el resultado de esos desplazamientos. La presencia de lo étnico se encuentra entre la mímesis de los valores ancestrales y la desmemoria en los indígenas-campesinos e indígenas descendientes del altiplano cundiboyacense.

En tercera medida, nos ha sorprendido a los descendientes muisca-chibchas, en el despertar de nuestra memoria, los diálogos interculturales. Estamos hablando de cómo estamos reconstruyendo (recordando). Cuando miramos algunos relatos que algunos historiadores han recogido de los

moradores del altiplano desde los años treinta y cuarenta hasta nuestros días, encontramos relatos de algunas tradiciones indígenas depositados en familias indígenas-campesinas de Boyacá, algo así como secretos de nuestro pueblo. Eso nos ha llegado hoy a nosotros y estamos haciendo como una especie de campaña: “Devuélvanos la memoria”, no solamente los guaqueiros, ni los museos, ni los archivos eclesiásticos católicos. Sería un acto de paz, de verdad y de reparación con la memoria de nuestras gentes muiscas chibchas.

Con la sierra tayrona, en una relación intercultural, recibí el tutumá<sup>1</sup> por mis mayores y se me entregó el machilá, el poporo. Debido a esto recibí muchas críticas y aún no se entendía aquí: “Estos se están volviendo arhuacos”, me decían. No, en los diálogos interculturales hemos visto cómo ha existido una relación milenaria entre lo que fueron nuestros antiguos moradores muiscas chibchas de este altiplano y muchos pueblos de sus alrededores, inclusive desde el Amazonas, y qué interesante encontrarnos hoy con los descendientes de ellos buscando a los muiscas y diciéndonos: “Venimos a devolverle la palabra”. Para nosotros ha sido muy riquísimo en nuestro crecimiento espiritual y de pensamiento y en la memoria, que es de lo que estamos hablando hoy.

En el diálogo intercultural también tendríamos que abordar lo histórico nuevamente. Entonces ahí se van interrelacionado esas dimensiones, se van complementando, uno va armando el rompecabezas entre lo que está en las fuentes primarias de los archivos de los cronistas, lo que está en las memorias de nuestras gentes a través de lo que llaman “etnografías”, pero cuando llegan los diálogos interculturales con los pueblos de la sierra tayrona, con los u’wa de Güicán para abajo en Cubará, con los achaguas por el piedemonte llanero y así indistintamente con los demás hermanos indígenas, uno encuentra unas narrativas que parecen nuevas en términos de la memoria

---

1 Gorro característico de los mamos arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta (N. de E.).

colectiva. Esas nuevas narrativas suelen interpretarse como si estuviéramos re-creando cosas, pero hay una memoria viva entre los pueblos hermanos, donde dicen: “Te devolvemos la palabra que no nos pertenece, es de ustedes”. Nuestros abuelos muisca chibcha sabían lo que iba a acontecer y algunos se anticiparon a depositar objetos sagrados de gran simbolismo, pensamiento mágico y tradiciones a otros pueblos indígenas como custodios. También quedaron en algunas familias indígenas muisca, como el caso de Tota o de Tocancipá, el calendario lunar muisca y la matemática muisca, lo que fue registrado por el padre J. D. Duquesne (1882). No se encuentra un vínculo de investigación histórica entre Duquesne y los cronistas.

En cuarta medida, y por último, está la dimensión de la *recomposición espiritual*, que es lo que caracteriza a las comunidades indígenas del pueblo-nación muisca chibcha.

En el año 2005 y 2006, el Ministerio del Interior y de Justicia reconoció cinco cabildos indígenas muisca: Suba y Bosa (Bogotá), así como Chía, Cota y Sesquilé (Cundinamarca). Previamente, en el Encuentro de los Pueblos Indígenas de Colombia (25 septiembre de 2005, Bogotá), en un documento de la Consejería Indígena Cundiboyacense, hoy Consejería Indígena Muisca Chibcha de Mayores Cundiboyacense ante el Gobierno Nacional, manifestamos el creciente proceso y registro de reconocimiento de las comunidades indígenas del pueblo-nación muisca chibcha en el que solicitamos no dilación del gobierno frente el “reconocimiento” de los cabildo anteriormente mencionados. A diferencia de nuestros hermanos muisca, nos pensamos como un pueblo, no como un municipio. Nuestro territorio va desde Güican (Boyacá) hasta el norte del Tolima. No tenemos territorios propios, somos extranjeros en nuestra propia tierra. En algunos casos nos ha tocado comprar nuestra misma tierra varias veces y actualmente no hay solución de titulaciones.

Cuando a un indígena se le pregunta: “¿qué es el espíritu?”, este responde: “el territorio”. Es ahí, en el ombligo espiritual, donde se recrea la vida, la

cultura, los sueños, el territorio ancestral. Es más que un pedazo de tierra: en él se encuentran los templos naturales, nuestros sitios de pagamentos, las ordenanzas espirituales, nuestra cosmogonía, nuestra aseguanza espiritual, la tradición, la medicina, la razón de existir de nuestros hijos y nietos. Es por ello que existen los apellidos Sáchicá, Samacá, Siachoque, Turmequé, Bogotá, Fúquene, Ubaté, Suba, etc. El territorio es la *Hycha Guaia*, la Madre Tierra.

¿Cómo revaloramos el derecho indígena desde lo espiritual? La dimensión que se plantea respecto al derecho tiene que ver, primero, con lo que llamaríamos la “emergencia del derecho mayor”, que se sustenta en la ley de origen, la cosmogonía, el territorio, el gobierno y la gobernabilidad desde su propia ley ancestral. Pero ese derecho mayor, en la práctica y como hoy lo conciben las instituciones, se manifiesta en lo que llamaríamos el “derecho propio”, que es la segunda dimensión del derecho indígena y que es, en para el común de los juiciosos de los derechos indígenas, usos, costumbres, tradiciones y saberes. Si en Colombia hay 102 pueblos indígenas, se podría decir que existen 102 derechos propios, pero como derecho mayor existirá uno: la ley de origen. Y otro error que se ha cometido al abordar lo indígena es lo que llamaríamos el “derecho indigenista”; entonces las personas del común, los funcionarios y los académicos creen que hablar del derecho indígena es ir a las normas que los Estados y los gobiernos dominantes históricamente han propuesto, formulado e impuesto a estos pueblos. Es ahí donde la Constitución Política del 1991 y algunos tratados internacionales hacen atisbo de hacer unos reconocimientos vitales, fundamentales y colectivos, en donde ya aparece lo que está sucediendo hoy: unos diálogos para escuchar esa “otra” historia, esa otra realidad, donde el derecho indigenista se convierte en un instrumento de la lucha de nuestros pueblos. Pero entonces se ha caído en el otro extremo, porque los indígenas no somos expertos en eso. Los mismos indígenas somos los violadores de derechos de nuestros propios hermanos, porque estamos apostando que el derecho que es importante es el de la sociedad mayoritaria, el del Estado dominante.

Hay una gran ventaja en el pueblo-nación muisca chibcha, y como yo lo digo, al ser mestizos tenemos dos miradas históricas, pues hemos convivido con el “otro” y conocemos sus “mañas” y sus pensamientos. Son las resistencias y las permanencias de la memoria de nuestras gentes, hoy mimetizadas, un potencial grandísimo en este proceso de re-etnización o recomposición étnica. Hay unas permanencias y las etnografías nos van a dar fe de esa situación. Hay un pensamiento pertinente, permanente y de pertenencia. Sí lo hay. Sí somos pertinentes hoy. Nos declaramos como una tercera vía de la mirada a los pensamientos indígenas, que es la vía de la recomposición étnica, y no porque me ponga un traje o me deje crecer el cabello (como líder me toca), sino porque, como decimos nosotros, “el indio va por dentro”.

Entonces este viaje es interesante porque esas resistencias, permanencias y pertinencias nos dan pertenencia étnica cultural. Es innegable que esto tiene muchos enemigos, pues a quién más que a los muiscas les va a interesar escudriñar los archivos históricos eclesiásticos. Este ejercicio suelen interpretarlo así: “Es que estos indios nos vienen es a quitar la tierra”, y tienen todo ese imaginario como el que alguna vez comenzó a afianzarse en el Cauca por los procesos de recuperación de territorios de resguardos. Pero, ¿quién responde por todo el patrimonio arqueológico despedazado, por nuestros hitos, las lagunas, la explotación de los páramos por las transnacionales, la contaminación y muchas cosas que pondríamos aquí? Esto es un llamado de atención a nosotros mismos, una autocrítica histórica; el asunto no es de proteccionismo por las etnias, sino que es un asunto de humanidad.

Decía un abuelo huitoto: “El día en que los muisca se levanten, se levantarán muchos otros pueblos indígenas”. Porque frente a las dos vías que se dieron desde los años sesenta sobre abordaje del tema indígena (purismo y aculturación), los estudiosos ni los constituyentes nunca pensaron que el planteamiento del *reconocimiento* era más amplio en términos de reivindicación de derechos históricos, en el amplio sentido de los descendientes

amerindios; no percibieron la mimesis, y si sus asesores la conocían, la subvaloraron; se dejó ver un reduccionismo en el prolongado mestizaje indio. Se consideró solamente lo indio de los pueblos como aquello “visiblemente tribal”, pero nunca se pensó que los tratados internacionales recogían que el reconocimiento radica, para los pueblos amerindios, en sus descendientes, y ahí es cuando aparece este fenómeno de la re-etnización o recomposición étnica indígena, no solamente de los muisca chibchas, sino de las etnias kankuama, quillacinga, pijao, guane, zenú, achagua y otras.

Cuando nosotros empezamos con nuestra idea, le llamábamos primero “nación chibcha muisca”; entonces el gobernador y el vicegobernador del cabildo indígena muisca de Suba (2005) dijeron: “Debe nombrarse nación muisca chibcha”. Primero “muisca” y luego “chibcha”, pues lo importante era el amanecer de un pueblo unido<sup>2</sup>. Cuando apareció la palabra “nación” me llamó un alto funcionario del gobierno de Uribe y me dijo: “¿Ustedes quieren montar aquí a los etarras? ¿Cómo se les ocurre una nación dentro de otra nación? Eso es peligroso”. ¿Cómo hacerle entender a este funcionario y a la sociedad, desde la antropología jurídica, una justificación del cómo nos vemos como nación? Entonces partimos desde el concepto clásico de nación: un territorio, unos grupos sociales, unas leyes y unas autoridades con unos afectos culturales comunes. Por ahí alguien dijo: “Esto es una confederación”, pero ese es un enfoque eurocéntrico.

Hoy ya se sabe en la academia y en las investigaciones de las ciencias políticas que hay *pueblos-nación*, o naciones indígenas. Los wayúu se declaran como nación, porque para ellos existe un solo territorio, así se encuentren en el límite de Venezuela y Colombia. Vemos abajo el Chile de los Mapuches; es pueblo-nación también. Aunque parece asunto de palabras, tiene un trasfondo político fuerte. Por eso les digo a mis hermanos que no miremos la baldosa, sino el piso: todo el territorio, porque yo no puedo hablar de

---

2 Al respecto, “muisca” es el nombre de la etnia y “chibcha”, el de la macrofamilia lingüística (N. de E.).

mi cosmogonía si nunca he ido a Iguaque o a la sierra madre de Guicán, si no hago los pagos de la re-composición espiritual del territorio, si no conozco el templo de Goranchacha, si no he caminado las lagunas de pago, lo que hoy llaman patrimonio arqueológico, pero que para nosotros son hitos de un espacio virtual cosmogónico del territorio.

Como las cosmogonías son interesantes a partir del territorio, concluyendo diría que estamos en un constructo de nuestra propia historia, y cuando miramos atrás estamos re-significando lo que pasó; no hay otra forma de abordarlo, la historia está hacia delante, lo ancestral no está atrás, porque lo ancestral es la ley de origen, está adelante, lo ancestral es el espíritu, y eso es bueno verlo aquí. En la obra *El orden del Todo*, de Reinaldo Barbosa del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional (2011), encontramos algo muy importante del pensamiento ancestral: a cada cosa se le da el lugar que le corresponde. En nuestra cosmogonía le llamamos *ybsacua* y desde ahí hay memoria.

Le hago a este círculo de sabios, de compañeros y de investigadores inquietos, “indexados”, la invitación de profundizar en esta reflexión. Recomiendo el trabajo de Pablo Gómez de la Universidad de los Andes: *Los chyquys de la nación muisca chibcha* (2009). Él hace un seguimiento de nuestro proceso, y en mi árbol genealógico aparece como en la quinta generación una abuelita por la línea matrilineal de apellido Neusa, y sigo investigando y me aparecen seis apellidos chibchas, eso lo puede hacer cualquier cundiboyacense, cualquier persona para saber un poco su genealogía y quitarnos el estigma del eurocentrismo, para así abordar nuestras propias metodologías. Magdalena Corradine Mora en *Fundadores de Tunja, reanalogías* (2008) realizó un trabajo sobre la genealogía de los tunjanos, un trabajo muy bueno: “En esta casa vivió la familia tal, de blasón tal, escudos de armas, etc.”; toda una historia de los que vinieron de Europa. En alguna ocasión le hice una reflexión en el sentido de que sería un buen trabajo hacer genealogía de los muiscas.

Dejo aquí una formulación a manera de pregunta: ¿cómo podríamos abordar esta tercera vía de la recomposición étnica muisca chibcha, en un pueblo aparentemente inexistente? ¿Cómo podríamos abordar desde la academia su existencia, cuando la academia no reconoce históricamente nuestra presencia actual, especialmente en términos de la condición del mestizaje? La dificultad ante el Ministerio del Interior y de Justicia y sus académicos profesionales para nuestro registro como etnia no es un problema de ciertos ítems antropológicos, pues existen distintas razones históricas de desarraigo e imposición como excepciones para encontrar a un indio puro. El problema no es económico, ni cultural; es un problema de enfoque de pensamiento, de las ideas políticas y desde el poder espiritual propio. Si tantos años los *muisca ladinos* le hicimos honor a asimilar lo eurocéntrico, siendo producto de un mestizaje, puedo pensar en mi mismo pensamiento originario en un contexto moderno. El problema, por tanto, es ideológico y de un trasfondo de desmemoria.

Hasta aquí mi palabra. Muchas gracias.

## Referencias

- Castro de Posada, E. (1955). *El pasado aborigen*. Buenos Aires: Stilcograf.
- Corradine Mora, M. (2008). *Los fundadores de Tunja. Genealogía*. Tunja: Academia Boyacense de Historia.
- Departamento Nacional de Estadística (DANE) (2004). La experiencia de la medición de la pertenencia étnica en los censos de población y otros estudios. En *Memorias del Seminario*. Bogotá.
- Ducon, R. (2011). Memoria e historicidad. Seminario Trueque de Saberes sobre la Memoria. Bogotá: Universidad Santo Tomas.
- Duquesne, J. D. (1882). *El Dorado*. Bogotá.

- Gómez-Montañez, P. F. (2009). *Los chyquys de la nación muisca chibcha: ritualidad, resignificación y memoria*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- González de Pérez, M. S. (1987). *Diccionario y gramática chibcha*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- González de Pérez, M. S. (2007). *Aproximación al sistema fonético-fonológico de la lengua muisca*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Niño Rocha, R. (2008). Reetnización del pueblo muisca chibcha. XIV Congreso de Historia de Colombia. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Restrepo, L. F. (2004). *Indigenismo e indianismo de tema muisca (chibcha)*. Conferencia Universidad de Arkansas.
- Reyes Manosalva, E. (2008). *Toponimias y patronimias chibchas*. Tunja: Academia Boyacense de Historia.

